La enfermedad inglesa: 1945-1979

Paul Johnson

Luego de haber sido por largo tiempo potencia imperial, Gran Bretaña entró, en la segunda postguerra, en un periodo de declinación continua. En su ensayo, el autor se refiere a las oportunidades perdidas, al surgimiento del Estado Benefactor y a la fuerza ascendente del sindicalismo durante estos años.

* * *

ANTE UN AUDITORIO EN LA UNIVERSIDAD DE ZURICH en 1946, Winston Churchill clamó por "algo que los asombrará... una especie de Estados Unidos de Europa" basados en una "sociedad" franco-germana. Estos dos países "deben asumir conjuntamente la dirección". Gran Bretaña, "América, y confío en que también la Rusia soviética... deben ser los amigos y los patrocinadores de la nueva Europa".

La condescendiente aseveración de Churchill reflejaba un punto de vista poco común: Gran Bretaña aún podía ser una potencia independiente, reteniendo el papel que le había concedido su imperio. Consideraba que Gran Bretaña era la intersección de tres círculos que se cruzaban entre sí: el mundo anglo-americano, la Commonwealth y Europa. Esa idea era apenas plausible después de la Segunda Guerra Mundial; luego de la crisis de Suez en 1956, no tenía sentido alguno. La crisis demostró que ni la Commonwealth ni la "especial relación" con Washington podrían ayudar a Gran Bretaña a proteger lo que consideraba sus intereses vitales.

Para otros la realidad era más sencilla. "Inglaterra", escribió el canciller oestealemán Konrad Adenauer, "es como un hombre rico que ha perdido todas sus propiedades, pero que no se ha dado cuenta de ello".

Sin embargo, las desilusiones de la postguerra conformarían menos la política exterior británica de lo que lo harían sus asuntos internos. El primer ministro Clement Attlee, bajo quien el Partido Laborista ganaría su primer término prolongado en el poder (1945-51), tuvo que enfrentar la incapacidad de sostener el Imperio. Entre 1947 y 1948 se concedió la independencia a India, Pakistán, Ceilán (hoy Sri Lanka) y Birmania. Pero en el campo doméstico continuarían los esquemas grandiosos, con inesperadas e imprevistas consecuencias.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial los europeos del continente pusieron el énfasis en la reconstrucción de sus derrumbadas economías, antes que en reformas sociales. Los alemanes del Oeste emprendieron la renovación de su base manufacturera y sus sindicatos, lo que produciría el *Wirts-*

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

chaftswunder (el "milagro económico"). Los tecnócratas franceses que diseñaron el plan Monnet, modernizaron la destrozada agricultura de su país y reconstruyeron industrias. Las prioridades británicas eran diferentes.

La isla-nación necesitaba exportar. Las viejas fuentes del ingreso comercial "invisible" habían desaparecido; entre los activos que Gran Bretaña perdió en la guerra se contaba la mitad de su marina mercante, una fuente clave de ingresos. El país tenía una enorme deuda externa (23 mil millones de libras esterlinas) y, por primera vez, una ausencia casi total de reservas de oro y dólares. Aún se requería la ayuda de los aliados, incluyendo más de US$2 mil millones provenientes del Plan Marshall. Igualmente necesaria era la austeridad de tiempos de guerra. El racionamiento de los alimentos, la vestimenta, el combustible y otras necesidades continuó hasta 1954. Pero en lugar de un plan para que Gran Bretaña comenzara a abrirse su camino en el competitivo mundo de la postguerra, lo que produjeron los ministros de Attlee fue una amplia expansión del papel del gobierno.

Con escaso debate —los más acalorados intercambios en el Parlamento se referían a la "prisa poco inglesa" de la legislación—, el régimen de Attlee cumplió una promesa de campaña nacionalizando las industrias más grandes. El carbón, la energía eléctrica, el gas, las compañías de transporte y el Banco de Inglaterra fueron comprados entre 1946-47 a unos elevados costos; en 1949 siguieron las firmas del hierro y del acero. Entre tanto, el partido laborista inauguraba el Estado Benefactor.

"Fuego blanco"

LOS ORIGENES DEL ESTADO BENEFACTOR SE REMONTAN a los años treinta, cuando la industria británica creció con mayor eficiencia a medida que se abandonaba el libre comercio; las empresas se hicieron más grandes y la ciencia y la tecnología desempeñaron un papel importante en la educación, los negocios y el gobierno. Sin embargo, persistían un alto índice de desempleo y las miserias con él asociadas. Lentamente se fue formando un consenso —principalmente entre la clase media no ligada a ningún partido político— en torno a la necesidad de una acción estatal para promover la justicia social. En 1935 el Grupo Libertad y Dirección Democrática impulsó un plan para promover una extendida propiedad pública de la economía. El viejo debate acerca de las virtudes de un "sistema completamente capitalista o de la propiedad por parte del Estado", decía el grupo, "era algo enteramente inapropiado". La economía debería ser "mixta" para "los años venideros".

Así pues, la unidad que encontraron los ingleses durante la Segunda Guerra Mundial inspiró no solamente la resistencia contra Hitler, sino también un deseo por la justicia social. La coalición de Churchill hizo un contrato con los británicos comunes: junto con la búsqueda de la victoria se perseguiría la creación de una sociedad equitativa. La maquinaria requerida para ganar la guerra era también el instrumento de la economía del bienestar social.

El presupuesto de 1941 (cuya filosofía estaba basada en la nueva obra de John Maynard Keynes, *How to Pay for the War*) fue el primero en considerar el ingreso nacional en su conjunto, canalizando todos los recursos hacia la consecución de metas fijadas por decisiones políticas. La meta de la postguerra —de hecho el Estado Benefactor— fue delineada en un estudio gubernamental preparado por el reformador social Sir William Beveridge en 1942. El informe Beveridge proponía un esquema de seguridad social nacional y clamaba por reformas en la educación, la salud y la vivienda, así como por la creación de empleos. Los medios para alcanzar esos fines estaban estrechamente relacionados con las medidas de emergencia. El racionamiento y los impuestos de guerra aseguraban la igualdad en el consumo; el servicio nacional y la distribución de la mano de obra garantizaban la igualdad en el sacrificio. El Servicio Hospitalario de Emergencia presagiaba el soporte público para los servicios de salud. Un "Libro Blanco" de 1943-44 comprometía al gobierno a sostener un empleo "elevado y estable".

Aunque las ideas que inspiraban al Estado Benefactor eran fundamentalmente el producto de un consenso, su fuerte apoyo por parte de los laboristas y la suspicacia que producían entre muchos conservadores condujeron a la victoria de Attlee sobre Churchill en 1945. Después de que los laboristas alcanzaron el poder, apuraron la legislación [1]. Durante un tiempo los costos parecieron tolerables. La economía británica había funcionado relativamente bien durante y después de la guerra. En 1950 el producto interno bruto (PIB) de Gran Bretaña era de US$47 mil millones, contra sólo US$90 mil millones entre Alemania Occidental, Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo e Italia sumados — los seis países que en 1957 conformarían la Comunidad Económica Europea (CEE).

Había, además, un problema que tenía ya varias décadas: carencia de ingresos por exportaciones. Al ocupar de nuevo el No. 10 de la Calle Downing en 1951, Churchill heredó, a la edad de 77 años, los que serían unos problemas recurrentes: saldo en rojo en la balanza de pagos y unas reducidas reservas de oro y divisas. Aún así los *tories* endosaron el Estado Benefactor. Incrementaron los subsidios familiares y de desempleo, las pensiones de vejez, y se dedicaron a construir 300.000 nuevas residencias en el término de un año.

Así surgió el "Butskellismo". El término, que combinaba los nombres del lugarteniente de Churchill, R.A. Butler, y del líder del Partido Laborista, Hugh Gaitskell, implicaba que los dos grandes partidos compartían territorio común. Los conservadores como partido de gobierno habían ocasionalmente iniciado reformas (tales como la derogación de las Leyes del Maíz en 1846). Pero con más frecuencia habían únicamente civilizado los cambios radicales introducidos por otros; así, los *tories* cooptaron y aún extendieron el Estado Benefactor. Si los costos eran altos, ellos no serían sufragados tanto por los británicos con posesiones de tierra, como por aquellos que vivían de sueldos y salarios, altamente gravados con impuestos.

1 / Las leyes constitutivas del Servicio Nacional de Salud y del Seguro de Heridas Industriales fueron aprobadas en 1946. La ley del Servicio Nacional de Asistencia fue aprobada en 1948, reemplazando las antiguas leyes de pobres (Poor Laws), y haciendo que el gobierno cuidara de los indigentes. Leyes de vivienda (1946, 1949) alentaron grandes proyectos de vivienda de baja renta. Una ley de planeación de pueblos y campos (1947) permitió la construcción completa de nuevas poblaciones.

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

Se desarrolló un *boom* del consumismo. El sucesor de Churchill como líder *tory*, Anthony Eden, ganó las elecciones de 1955 con una plataforma de "paz y prosperidad". Sin embargo, para 1959, año en el que el conservador Harold Macmillan se las arregló para persuadir a los votantes de que "nunca antes habían estado tan bien", el *boom* comenzaba a agotarse; y en las artes, los "jóvenes rabiosos" empezaban a seguir la onda del escritor John Osborne, cuya obra *Look Back in Anger* trataba sobre las frustraciones profesionales de inclusive los británicos educados de las clases trabajadoras. Para la época de los Felices Sesentas, Gran Bretaña estaba ya luchando con una inflación de "pare-arranque", con la recesión y con un creciente radicalismo sindical.

El radicalismo había comenzado a mediados de los cincuentas cuando el sindicato más grande, Trabajadores Generales y del Transporte (hoy con 1.434.000 miembros), fundado en 1922 por Ernest Bevin como base de un movimiento laboral políticamente moderado, giró hacia la izquierda. Los salarios crecieron rápidamente: entre 1964 y 1966, los sueldos aumentaron a una tasa del doble de la productividad. En parte debido a este hecho, las exportaciones británicas empezaron a verse desplazadas del mercado a mediados de los sesentas a causa de sus elevados precios. Harold Wilson, el economista que dirigió el regreso laborista al poder en 1964 luego de trece años de régimen *tory*, prometió el cambio, una nueva competitividad comercial británica forjada en el "fuego blanco de la revolución tecnológica".

"Estoy bien, Jack"

PERO WILSON SE ENCONTRO PRONTO LUCHANDO contra los sindicatos, y se vio forzado a imponer un programa de austeridad económica que incluía una congelación de precios y salarios. El secretario del gabinete, Sir Burke Trend, recordaba: "Nos encontramos otra vez reparando desperfectos, terriblemente ineficientes, siempre a última hora".

En 1970 Gran Bretaña fue sobrepasada por los seis países de la CEE en PIB per cápita y en muchos otros indicadores. Luego de 1973, cuando ingresó al Mercado Común, la brecha continuó creciendo. Algunos gigantes industriales se vieron en aprietos. La Rolls Royce, fabricante de motores de aviación y automóviles de lujo, entró en bancarrota en 1971; British Leyland, manufacturera de camiones y buses, se derrumbó en 1975. En 1976, con una tesorería en ceros y una tasa de inflación del 23 por ciento, Gran Bretaña se vio forzada a solicitar US$3.9 mil millones al Fondo Monetario Internacional (FMI), el empréstito más grande aprobado hasta entonces por el FMI para un país industrializado.

Hubo suficiente culpa para repartir. El espíritu de sacrificio compartido de los tiempos de guerra fue suplantado por una ávida mentalidad individualista, actitud brillantemente satirizada por Peter Sellers en su filme de 1959 *I'm All Right Jack* ("Estoy bien, Jack"). En lugar de exportar, los gerentes británicos acumulaban lujos y alimentaban una manía de fusión de empresas. Los nuevos millonarios de Londres fabricaban sus fortunas "haciendo dinero, no mercancía", como uno de ellos señalaba. Tan bajo estaba el espíritu empresarial que cuando se descubrió petróleo en el Mar del Norte (lo cual eventualmente convirtió a Gran Bretaña en un productor de la escala de Kuwait), British Petroleum y otras compañías perforadoras de pozos tuvieron que acudir a proveedores extranjeros para procurar los equipos y servicios necesarios. Solos hasta finales de los setenta, cuando la perforación alcanzó su pico, las firmas británicas lograron conquistar dos terceras partes del negocio de suministro de equipo para el Mar del Norte.

Los privilegios sindicales

ALGUNAS DE LAS RAICES DE LA PESADUMBRE económica de la Gran Bretaña de la postguerra tenían un arraigo profundo en la peculiar historia del país.

Durante los doscientos años que siguieron a su conversión en el primer país industrializado, Gran Bretaña fue la única potencia industrial que nunca sufrió las convulsiones de una revolución, una guerra civil o una conquista extranjera. Paradójicamente esto no fue una bendición; Gran Bretaña no experimentó esas rupturas fundamentales con el pasado que en Francia y Alemania, por ejemplo, promovieron el dinamismo social y económico. La nación británica no tenía una declaración de derechos que protegiera las muchas presunciones de una sociedad liberal. Tenía en su lugar la tradición de la *Common Law*, arbitrada por unos jueces que sostenían los derechos de libertad y propiedad; éste fue el marco de referencia legal dentro del cual se creó la primera sociedad industrial moderna.

Hacia 1900, los sindicatos británicos crearon el partido laborista con el fin de promover "una legislación que estuviera a favor de los intereses directos del trabajador" y oponerse a aquellas "medidas que tuvieran una tendencia contraria". A diferencia de otros movimientos socialistas occidentales, el laborismo no era primordialmente marxista, ni siquiera socialista, sino que era una forma de sindicalismo parlamentario. Los sindicatos eran los dueños del partido, patrocinaban a los miembros del parlamento, sufragaban los costos de las elecciones y dominaban las orientaciones políticas, según lo establecía la carta fundamental del partido. De esta manera, la constitución no escrita de Gran Bretaña, revisada y conformada por los actos del parlamento, comenzó a virar hacia los sindicatos. La Ley de Disputas Gremiales de 1906, por ejemplo, exoneraba a los sindicatos de las acciones civiles por daños "que supuestamente hubieran ocasionado ellos o en su nombre". Era éste un privilegio único en Occidente, algo que aún los socialistas fabianos Sidney y Beatrice Webb consideraban "extraordinario" [2].

Sobre estas columnas legales se levantó una estructura de privilegios sindicales que se contraponía a los de las clases superiores. La Ley de los Sindicatos de 1913 legalizó el gasto de fondos sindicales en objetivos políticos (por ejemplo, en el partido laborista); también puso en práctica el sistema de "*contracting out*", lo que obligaba automáticamente a los miembros

2 / Los esposos Webb, el escritor George Bernard Shaw y otros fundaron en 1884 la Sociedad Fabiana, la cual promovía un socialismo evolucionario que rechaza el marxismo y la necesidad de la lucha de clases. La Sociedad contribuyó a la creación del Partido Laborista, y permanece hoy afiliada a él como un brazo investigativo.

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

de los sindicatos a pagar sus cuotas políticas al laborismo a menos que declararan expresamente no querer hacerlo. Las cortes fallaban siempre a favor de los derechos individuales contenidos en la *Common Law* en contra de los sindicatos. Pero éstos podían contar con parlamentarios dominados por el laborismo para que actuaran en su favor. Así por ejemplo, en el caso *Rookes* contra *Barnard* (1964), la Cámara de los Lores falló en contra de las huelgas declaradas no oficialmente; al año siguiente, el gobierno de Harold Wilson legalizó tales huelgas.

La manera fácil

EL CRECIENTE PODER DE LOS SINDICATOS se ejercía de varias maneras. En 1969 Wilson propuso una legislación "sustitutiva de las luchas", diseñada para reducir el número de huelgas. Pero cuando los sindicatos presionaron a los parlamentarios laboristas, aún el propio gabinete de Wilson, como él mismo lo explicaría después, "simplemente se acobardó". Aparecieron nuevas formas de acciones huelguísticas: las tácticas de cercamientos masivos utilizadas en la mina carbonífera Saltley en 1972, apabullaron a la policía que trataba de mantener abiertos los socavones. En una serie de huelgas acaecidas entre 1973-74, dirigidas por los mineros del carbón quienes buscaban utilizar el incremento del precio del petróleo decretado por la OPEP para obtener un aumento salarial del 40 por ciento, esas tácticas contribuyeron a la caída del gobierno conservador de Edward Heath.

Heath, quien intentaba introducir un código estatutario de conducta para los sindicatos, convocó a unas elecciones sobre la cuestión de "¿quién gobierna en Gran Bretaña?". El laborismo triunfó y pronto no sólo rechazó el código de Heath, sino que aumentó los privilegios sindicales; en los llamados "talleres cerrados", un empleado podía ser despedido si rehusaba afiliarse al sindicato. Según lo anotó Lord Denning, de la Suprema Corte de Apelaciones, los sindicatos podían ahora "hacer lo que quisieran". Por primera vez, el sindicalismo contó con el 50 por ciento de la fuerza laboral, comparado con el 25 por ciento o menos en los Estados Unidos, Francia y Alemania Occidental.

El poder de los sindicatos contribuyó a que el país registrara un lento crecimiento económico, por lo menos en tres formas principales. Primero, limitó las ganancias y el crecimiento de la productividad, lo que hizo daño a las inversiones de capital, las cuales entre 1950 y 1975 eran las más bajas entre todos los países industrializados. Segundo, incrementó grandemente la presión de la inflación salarial, especialmente en los años finales de los sesentas y posteriores. Tercero, las exigencias sindicales al gobierno tendían a aumentar el tamaño del sector público. Entre 1790 y 1910, la porción del PBI británico empleada en el gasto público promedió el 13 por ciento; luego de 1946 nunca estuvo por debajo del 36 por ciento. Bajo un gobierno laborista, sobrepasó el 59 por ciento en 1975.

Sin embargo, el laborismo nunca fue un eficiente instrumento de reforma. Los gobiernos laboristas, por ejemplo, no gravaron con impuestos la riqueza o las ganancias del capital sino hasta que el *boom* de los cincuenta y comienzos de los setenta se había extinguido. En la expansión económica posterior a 1945 las clases trabajadoras británicas ganaron sólo la ilusión de la abundancia, en forma de automóviles, televisores y otros bienes de consumo "durables". La verdadera riqueza permaneció más o menos en las mismas manos[3].

Una de las razones por las cuales el laborismo no pudo efectuar un cambio en la distribución de los beneficios de la sociedad, fue la baja prioridad que el partido y sus aliados sindicales concedieron al progreso educacional — el gran fracaso de Inglaterra en los siglos XIX y XX. El Whig Henry Brougham había propugnado en 1810 por un sistema escolar público bastante comprehensivo. Los ingleses aún no han establecido dicho sistema.

La educación primaria era accesible para todos hacia 1900, pero sólo una diminuta porción de la clase obrera obtenía el equivalente de la educación secundaria norteamericana, y virtualmente ninguno accedía a las universidades. La educación secundaria universal no se convirtió en realidad sino hasta finales de los cuarentas. El Informe Newsom de 1963, *Half Our Future*, describía la triste historia del fracaso inglés en cultivar el potencial de los jóvenes entre 13 y 16 años, con algo más que las habilidades promedio. En lo que se refiere a la educación superior, se crearon seis universidades entre 1890 y 1910 en Inglaterra y Gales, ninguna en los años veinte, y sólo tres *colleges* en los treinta. En 1962 el total de los estudiantes matriculados en todos los establecimientos de educación superior no superaba los 200.000, y un programa bastante costoso emprendido por el gobierno apenas si logró doblar esa cifra a mediados de la década de los setenta[4].

Las fallas educacionales se encuentran en el corazón mismo de la declinación de la Gran Bretaña como una sociedad dinámica. Un alto crecimiento económico no puede ser sostenido sin una elevada inversión en educación — en habilidades técnicas y en responsabilidad social vía las humanidades. El Establecimiento, incluyendo la dirigencia laborista, engañó a la clase obrera brindándole una educación mínima. En consecuencia, el país ha tenido un crecimiento igualmente mínimo.

El caso de la educación provee además un ejemplo típico de los cronogramas británicos para las reformas. Los pioneros efectúan una propuesta; un cuarto de siglo después, ésta es generalmente aceptada por la opinión ilustrada; el azar y los accidentes, recortes financieros y crisis económicas, las iglesias, los lores, y otros obstáculos al progreso la retardan por otro cuarto de siglo; finalmente la implementación toma unos diez años más. Para en-

3 / A pesar de los impuestos de guerra y de la postguerra el cinco por ciento superior de la población poseía en 1960 el 75 por ciento de la riqueza, una pequeña reducción desde el 79 por ciento en el período 1936-38. El uno por ciento recibía el 58 por ciento de todos los ingresos por inversiones y tenía el 81 por ciento de las acciones. El impuesto predial, una de las formas de gravar la riqueza, no generó una redistribución de la propiedad. Durante 1956-59, este gravamen produjo el 3.5 por ciento de los ingresos del gobierno central. La cifra hoy es 0.01 por ciento.

4 / Mientras que el 50 por ciento de los estudiantes estadounidenses de secundaria, y el 22 por ciento de los alemanes, ingresan a la educación superior, el promedio para los británicos es del 14 por ciento. De éstos, más de la mitad ingresan a las 42 universidades británicas; el resto entra a otras instituciones, incluyendo los 30 politécnicos nacionales, los *colleges* de tecnología, arte y comercio. Los estudiantes británicos son obstaculizados no por falta de ambición o de dinero (esencialmente, las matrículas son pagadas por el Estado), sino por la falta de cupos. En 1986 había 7.200 solicitudes para 2.800 plazas en Oxford, y 1.400 para 95 plazas en el Departamento de Electrónica del Instituto Politécnico de Plymouth.

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

tonces, la reforma es considerada universalmente como algo evidente y de sentido común, y se expresarán algunos piadosos lamentos de que no hubiera sido lograda antes. Entre tanto, el resto del mundo ha avanzado, a menudo más rápidamente.

Al comprar estabilidad a expensas del cambio, los británicos han arriesgado el verse forzados a dar pasos dramáticos. La educación y el trabajo son dos ejemplos. El ingreso de Gran Bretaña al Mercado Común Europeo en 1973 es otro de ellos.

Hace un siglo, cuando escogieron la construcción de un imperio como la alternativa fácil en lugar de la eficiencia industrial, los dirigentes británicos se convirtieron en prisioneros de una arrogante insolencia; al iniciar una competencia de toda Europa por colonias y recursos, se situaron en la ruta de una guerra mundial seguida por otra. En la década del setenta, tras malgastar un cuarto de siglo de paz y prosperidad económica, se encontraron empujados en contra de su voluntad hacia un sistema continental, precisamente del tipo que sus predecesores siempre desearon evitar.

Saliendo de una prisión

NO ESTA CLARO SI LA ELITE INGLESA LLEGO alguna vez a entender la noción de que, si el ingreso al Mercado Común hubiera de estimular un rápido crecimiento económico de Gran Bretaña, los celosos franceses no habrían permitido la entrada de "les Anglo-Saxons".

Pero en esos días, los ingleses que eran partidarios entusiastas del Mercado Común no eran notorios por su claridad de pensamiento. A veces se decía que los objetivos británicos eran económicos, otras que eran políticos. Ninguna de las opciones podía ser cuantificada. Pero si el ingreso a la Comunidad Europea debilitaría económicamente a Gran Bretaña, ¿cómo podría fortalecerla políticamente? Los entusiastas carecían de respuestas. "La necesidad inescapable", escribió uno de ellos en 1971 en el *Sunday Times*, "es de un acto de fe".

Los dividendos económicos netos para la Gran Bretaña provenientes de su ingreso al Mercado Común son hoy todavía materia de debate. Pero es difícil adjudicarle a su calidad de miembro de la Comunidad el hecho de que su crecimiento económico haya estado por debajo del experimentado por sus socios continentales (además cualquier cálculo es dificultado por el hecho de que la tasa británica de crecimiento es ahora mayor que la del Mercado Común). Más claramente positivo para Gran Bretaña ha sido un golpe de la fortuna: el petróleo del Mar del Norte, que dio un impulso a su economía, proveyó un aumento (temporal) en los ingresos por exportaciones, y trajo las tan necesitadas divisas a la Tesorería. Parecería que el petróleo fuera una recompensa tangible por las privaciones que Gran Bretaña padeció durante las dos guerras mundiales.

Pero el petróleo no dio nueva luz al viejo optimismo. Hacia mediados del siglo XIX las gentes ilustradas de Europa, particularmente las británicas, estaban convencidas de que presenciaban el amanecer de una Edad de la Razón. Creían que la humanidad progresaría hacia un estilo de vida en el cual cada individuo obtendría, como derecho inalienable, no sólo un incremento de su nivel de comodidad material sino también una completa realización de sus potencialidades intelectuales, culturales y espirituales. Este era el ideal liberal, y había una creciente confianza en que podría ser realizado.

Tal confianza no implicaba arrogancia. John Stuart Mill, por ejemplo, escribió modestamente no de "progreso" o de "reforma", sino de "mejoras". Habría, en las décadas y siglos venideros, incontables mejoras marginales en todos los aspectos de la calidad de la vida, que traerían consigo una verdadera revolución pacífica y gradual de la condición humana.

Este era un concepto esencialmente inglés, que reflejaba el optimismo empírico que la experiencia de Inglaterra parecía justificar.

Los eventos de las postguerras echaron sombras sobre aquel optimismo. La posición en la cual se encontraron los ingleses al aproximarse los años ochenta era peligrosa. Sentían que habían perdido su grandeza y temían que estuvieran perdiendo su autoestima.

En realidad, el predicamento inglés no era tan serio como muchos de ellos lo suponían, influidos por sus líderes nerviosos y acosados. La "grandeza" abandonada por los británicos —su papel como potencia mundial— era más una fuente de debilidad que de fortaleza; inhibía más que liberaba. La noción de que los ingleses, luego de haber dado nacimiento al mundo moderno, habían devenido estériles en todo el sentido de la palabra, es una noción equivocada. Ellos no descendieron de un trono, sino que salieron de una prisión. Fueron más libres de lo que habían sido en los últimos cien años, libres para decidir la dirección de su curso, sin miramientos por los deseos de sus socios y subordinados imperiales. Sus responsabilidades hacia otros fueron airosamente transferidas o les fueron arrebatadas: no podían tomar sus propias decisiones, como pueblo isleño independiente, autogobernado. Aliviaron entonces la carga de un Estado en bancarrota y tenían ahora que fabricarse su propio camino en el mundo.

El mensaje de Milton

LA MUERTE DE UN IMPERIO DEBERIA SER el renacimiento de un pueblo. Pero no era esa la manera como lo veían los ingleses de la postguerra, y aquí residía un peligro. Los británicos sufrían amargamente. Sentían haber perdido prosapia y status. Resentían un mundo en el cual sus tonos imperativos ya no eran obedecidos, ni siquiera oídos. Observaban con asombro y algo de rabia cómo la humanidad ponía en orden sus asuntos sin su supervisión y a menudo en contra de sus consejos. La pérdida fue sentida tan hondamente por la Derecha como por la Izquierda. En la misma medida en que se frustró el anhelo inglés de gobernar también se malogró su deseo de hacer el bien. Había aún entre ellos un ansia de ser significativos. Deseaban ser tenidos en cuenta como una vez lo fueron; el saber que ya no lo eran produjo cierto desaliento, el cual a su vez condujo a la búsqueda de remedios para su enfermedad, muchos de los cuales pueden haber demostrado ser desesperados.

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

Por un tiempo, durante el desafallecimiento de los setenta, pareció que los ingleses deberían sentarse en silencio por un período, con el fin de invocar un ánimo nacional, no de reposo, sino de introspección. Pero ellos son activistas, no confían en los procesos mentales que no están relacionados con decisiones prácticas. Sienten que deben emplear su energía; el riesgo era que lo hicieran en la dirección equivocada, persiguiendo soluciones falsas (por ejemplo, el ingreso al Mercado Común), o tratando de resolver problemas no reales (por ejemplo, la preocupación por su status internacional). Es la opinión de este autor que para los ingleses haber perdido un imperio es cosa de poca monta. Perder la capacidad de juicio es algo muy serio.

Los ingleses han tenido tribulaciones a lo largo de toda su historia. Los lamentos son recurrentes tanto en la realidad como en los mitos. El rey Arturo es una figura trágica, Alfredo El Grande un estadista a menudo sobrepasado por dificultades. La Crónica Anglosajona (alrededor del año 890), es una narración de penalidades: los clamores ante los daneses, los normandos y las depredaciones bajo Esteban, tienen todos el mismo tema —"¡Dios Todopoderoso, tened piedad de este desgraciado lugar!"—.

La Carta Magna (1215) fue escrita por hombres que se creían no en el borde sino más allá de la catástrofe. Un reformador tan firme como Thomas Brecon podría haberse regocijado con la Reforma; sin embargo, escribió cuando Enrique VIII se aproximaba a su fin que "el estado de Inglaterra nunca ha sido tan miserable como en el presente". Las congojas eran el tema de los tiempos isabelinos. "Nunca ha habido, Oh Señor", escribió Samuel Pepys en 1659, "un temor y un desespero tan universales como ahora".

Lo que ha sido característico del moderno coro de lamentos por su propia situación, ha sido una impertinente ansiedad acerca del rendimiento británico en los indicadores del bienestar material. Los ingleses, inventores del deporte moderno de competencia, han estado obsesionados por la evidencia estadística de su declinación en la carrera económica mundial; lo cual ha tocado, con razón, su orgullo.

¿Por qué desvelarse?

DESDE LOS ALBORES DE LA HISTORIA ESCRITA, la isla ha provisto lo necesario para ofrecerles un nivel de vida generalmente alto a aquellos lo suficientemente afortunados en habitarla. Los ingleses han hecho un frugal y juicioso uso de los modestos recursos que la naturaleza puso a su disposición. Pero por más de un siglo, Gran Bretaña estuvo en un relativo (y hasta hace poco pronunciado) declive en comparación con audaces recién llegados. Era tolerable que Gran Bretaña fuera superada por los Estados Unidos; de hecho, el suceso había sido predicho desde 1840. Menos aceptable en los sesenta y setenta, fue la asombrosa recuperación de sus terribles adversidades de una Alemania dividida. Francia, por largo tiempo objeto de la hostilidad o la condescendencia inglesa, disfrutaba de un nivel de vida superior; así como Suiza (antes tan solo lugar de vacaciones de la clase alta), Holanda (un anterior satélite económico) y Bélgica (una creación de la *Foreign Office*). Italia también disfrutaba de un mejor lote.

Hace sólo 123 años que Lord Palmerston, justificando ligeramente la destrucción del puerto japonés de Kagoshima por la Armada Real, comentaba: "Estoy inclinado a pensar que nuestras relaciones con Japón están atravesando las usuales e inevitables etapas del intercambio entre las naciones fuertes y civilizadas con las más débiles y menos civilizadas". Hacia 1970 Japón ya era el segundo más grande Estado industrial en términos de PIB real, y estaba convirtiendo la posesión británica de Australia en un apéndice para satisfacer su demanda de materias primas.

¿Por qué deberían entonces desvelarse los ingleses? Visto en perspectiva, ¿no estaban mejor ahora que nunca antes en su historia? La respuesta es irrelevante. Para los altamente competitivos ingleses, la riqueza honestamente adquirida es tanto el reflejo como la recompensa de la probidad moral: "La virtud", dijo John Locke, "es con mucho el mejor negocio". Admitir el fracaso en la carrera por la abundancia era confesar un colapso en el carácter nacional.

Los ingleses se han esforzado siempre por alcanzar la paradoja del movimiento dentro del marco de la estabilidad: la estabilidad permanece, el movimiento vacila. Thomas Hobbes generalizó las actitudes inglesas de proponer una teoría galileana de la política en su *Leviatán* (1651): "Estoy por una inclinación general de toda la humanidad, un deseo perpetuo e incansable de Poder luego de poder, que cesará sólo con la Muerte". Si sustituimos "poder" por "nivel de vida", tendremos una acertada observación acerca del mundo adquisitivo de hoy como de los temores ingleses sobre su lugar en él. Airados y aturdidos, especialmente durante los atemperantes años setenta, los ingleses sufrieron una aguda recaída de la enfermedad que habían transmitido al mundo.

Los ingleses han sido, continúan siéndolo, una de las razas más activas en la historia, con una enorme capacidad para el bien y el mal. Al hacer el balance, resulta que han prestado útiles servicios a la humanidad. Cuando terminaron los setenta, habiendo perdido su arrogancia y habiendo sobrevivido, se encontraban listos para una fresca experiencia, como "una nación no de lentos y de toscos, sino de espíritu rápido, ingenioso y penetrante; aguda para las invenciones, sutil y vigorosa en su discurso, que no está por debajo del alcance de punto alguno al que la capacidad humana puede elevarse".

Las palabras son de John Milton, el gran poeta inglés de la renovación y la esperanza.

The Wilson Quarterly
Otoño 1987

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org